

Vina Jackson

Ochenta melodías de pasión en azul

Déjate arrastrar por el juego de la seducción

Traducción:

INÉS BELAÚSTEGUI



MAEVA

1

Una comida a base de ostras

En plena Grand Central Station, me besó.

Fue un beso de amante: breve, suave y cariñoso, cargado de los recuerdos aún palpitantes de un día vivido en una nube, y también un recordatorio de que esta sería nuestra última noche juntos en Nueva York. No habíamos hablado del futuro ni del pasado. No nos atrevimos. Como si aquellos pocos días con sus noches fuesen una especie de paréntesis entre esos dos imponentes espectros, que era mejor olvidar hasta que tuviéramos que mirarlos de frente a la fuerza, por el inevitable paso del tiempo.

Durante las veinticuatro horas siguientes seríamos amantes, una pareja normal y corriente, como cualquier otra.

Una noche más y un día más en Nueva York. El futuro podía esperar.

Parecía buena idea pasar uno de nuestros últimos momentos juntos en la Grand Central, uno de mis sitios preferidos de la ciudad. Allí confluyen pasado y futuro, se entremezclan todos los fragmentos dispares que conforman Nueva York: los ricos, los pobres, los punkis, las niñas y los niños de Wall Street, los turistas y los pasajeros de cada día, andando camino de su vida particular, distinta, reunidos fugazmente por unos cuantos momentos de pasos

presurosos; todos ellos compartiendo una misma experiencia: la de subirse a un tren.

Estábamos en el vestíbulo principal, bajo el famoso reloj de cuatro caras. Después del beso, miré hacia arriba y a mi alrededor, como hacía siempre cuando me encontraba allí. Me gustaba contemplar los pilares de mármol y los arcos abovedados que sostenían un cielo mediterráneo invertido, la vista del zodíaco que los cartógrafos antiguos imaginaron que tendrían los ángeles o formas alienígenas de vida al divisar la Tierra desde el cielo.

El edificio me recordaba una iglesia. Como siempre había albergado sentimientos ambivalentes sobre la religión, me infundía más respeto el poder del ferrocarril, prueba del eterno deseo del hombre de ir a alguna parte. Chris, mi mejor amigo de Londres, siempre decía que nunca conocías una ciudad hasta que probabas su transporte público, y en ningún sitio era más cierto que en Nueva York. La Grand Central Station era un compendio de todas las cosas que me gustaban de Manhattan: todo era posible y vibrante, con aquella energía de la gente corriendo de un lado para otro; un verdadero crisol de personas en movimiento. Para quien pasara por allí sin nada más que una moneda de diez centavos en el bolsillo, la opulencia y la grandiosidad de las viejas lámparas de araña que pendían del techo eran la promesa de que arriba, en algún lugar, les esperaba una oportunidad.

En Nueva York suceden cosas buenas, ese era el mensaje de la Grand Central Station. Si trabajabas duro, si apostabas por tus sueños, un día la suerte te sonreiría y la ciudad te brindaría una oportunidad.

Dominik me dio la mano y tiró de mí entre la multitud hasta la rampa que bajaba a la Galería de los Susurros. Tampoco había estado en la Galería de los Susurros de la Catedral de San Pablo de Londres; eran dos de las cosas que tenía en mi interminable lista de asuntos pendientes: lugares por visitar y cosas por ver.

Me llevó a una esquina, de cara a uno de los pilares que unían los arcos rebajados, y se fue corriendo al otro extremo.

–Summer –dijo, y su voz baja me llegó a través del pilar con la nitidez de una campanilla, como si me hablara la pared.

Sabía que se trataba de un fenómeno arquitectónico –las ondas sónicas viajan desde un pilar hasta su contrario, por el techo abovedado; un poco de magia acústica, nada más–, pero no dejaba de resultar estremecedor. Él estaba en la otra punta, de espaldas a mí, y aun así era como si me hubiese susurrado directamente al oído.

–¿Sí? –murmuré hacia la pared.

–Pienso hacerte el amor otra vez, después.

Me reí y me volví para mirarlo. Me sonrió con picardía desde la otra punta.

Volvió a mi lado y me tomó de la mano de nuevo, para tirar de mi cuerpo y envolverme en su abrazo. Su torso tenía una agradable firmeza. Me sacaba más de un palmo, por lo que podía apoyar mi cabeza en su hombro incluso llevando tacones. Dominik no estaba cachas –no iba al gimnasio, o al menos yo no tenía constancia–, pero era de complexión esbelta, atlética, y se movía con la desenvoltura de quien está a gusto con su cuerpo. Ese día había hecho calor, estábamos a finales del verano neoyorquino, y el sol calentaba de manera tan intensa y abrasadora que se podía freír un huevo encima del asfalto. Seguía haciendo bochorno, y aunque nos habíamos duchado antes de salir del hotel, podía percibir el calor que desprendía la piel de Dominik a través de su camisa. Cuando me abrazaba era como si me envolvieran en una nube tibia.

–Pero antes –susurró, esta vez a mi oído– vámonos a cenar.

Estábamos justo delante del Oyster Bar. No recordaba haberle hablado de mi pasión por el pescado crudo –otra de mis rarezas que él había adivinado–. Estuve a punto de decir

que las ostras me daban aprensión, solo para que le quedase claro que no siempre acertaría con mis gustos, pero la verdad era que desde que llegué a Nueva York estaba deseando ir al Oyster Bar y no iba a desaprovechar la ocasión. Además, la gente a la que no le gustan las ostras me da mala espina, y quizá a él le pasara lo mismo. Preferí no contarle una mentira que pudiera volverse contra mí.

El Oyster Bar es un sitio muy concurrido y me sorprendió que consiguiera una mesa con tan poca antelación, pero conociendo a Dominik probablemente había reservado con tiempo. Aun así, tuvimos que esperar veinte minutos a que nos sentaran, aunque luego el camarero trajo la carta inmediatamente y esperó para tomar nota de lo que íbamos a beber.

–¿Champán? –preguntó Dominik, y pidió una pepsi para él.

–Para mí una botella de Asahi, por favor –le dije al camarero, viendo que los labios de Dominik se contraían en un amago de sonrisa al obviar su sugerencia.

–Aquí la carta es realmente abrumadora –comentó–. ¿Compartimos unas ostras para empezar?

–¿Pretendes atiborrarme a afrodisíacos?

–Si alguna vez ha habido una mujer que no necesite un afrodisíaco, Summer, esa eres tú.

–Me lo tomaré como un cumplido.

–Bien. Esa era mi intención. ¿Hay alguna variedad de ostra que te guste más?

El camarero había traído las bebidas. Rechacé con la mano la copa que me ofrecía: la cerveza está hecha para beberla de la botella. Di un sorbo, estaba fría, y eché un vistazo a la carta.

Tenían incluso ostras de Nueva Zelanda, cultivadas en el golfo de Hauraki, cerca de mi ciudad natal. Noté una sensación fugaz de dolor, una punzada pasajera de nostalgia, la maldición del viajero fatigado. No importaba lo mucho

que me gustara la nueva ciudad en la que me hallara; de tanto en tanto me asaltaban los recuerdos de Nueva Zelanda. El marisco es una de esas cosas que me recuerdan mi tierra natal, los días cálidos y las noches frescas de cuando iba a la playa, la sensación de los talones hundiéndose en la arena blanda y húmeda cuando baja la marea para ir a coger *tuatua* y *pipis*, los moluscos que moran en aguas poco profundas de las playas de arena o los viernes por la noche en la tienda del pueblo especializada en pescado con patatas fritas, cuando pedía media docena de ostras fritas, que te servían en una bolsa blanca de papel cubiertas de sal y acompañadas de una rodaja enorme de limón.

Pedí media docena de cualquier variedad autóctona, la que el camarero considerara buena, y Dominik pidió lo mismo. Con nostalgia o sin ella, no había venido hasta Nueva York desde tan lejos para comer marisco del golfo de Hauraki.

El camarero se fue hacia la cocina y Dominik tendió el brazo por encima de la mesa para poner su mano sobre la mía. Su tacto era más frío de lo habitual, teniendo en cuenta el calor de su cuerpo. Sorprendida, sentí un escalofrío involuntario. Me di cuenta de que había tenido en esa mano la copa, debía de estar fría y eso que siempre pedía la pepsi con poco hielo.

—¿La echas de menos? ¿Nueva Zelanda?

—Sí. No a todas horas, pero sí cuando algo, una palabra, un olor o una imagen, me recuerda mi hogar. No me pasa con mis amigos ni con mi familia, porque hablo con ellos por teléfono o nos escribimos correos, pero echo de menos la tierra, el océano. Me costó acostumbrarme a Londres por lo llano que es. No es tan llano como algunas zonas de Australia en las que he vivido, pero es muy plano. Nueva Zelanda está llena de montañas.

—Tu cara es un libro abierto. Delatas más de lo que tú piensas. No todo lo sacas cuando estás tocando, ¿sabes?

Se llevó un chasco al ver que me había dejado el violín en mi piso antes de regresar a su hotel, a solo un par de calles de mi casa. Le prometí que iría a buscarlo y que tocaría para él antes de que se marchara. Había sacado billete para un vuelo nocturno y al día siguiente, hacia las cuatro de la mañana, estaría montándose en un taxi hacia el aeropuerto, de vuelta a Londres, a sus obligaciones en la universidad y a su casa repleta de libros cerca de Hampstead Heath. Mi inesperada semana libre tocaba a su fin. Volvería a la orquesta y retomaría los ensayos para el siguiente concierto, el próximo lunes.

No habíamos hablado de qué pasaría después. En Londres, justo antes de que me trasladase a Nueva York, nos lo habíamos montado con mucha flexibilidad, como si tuviésemos una especie de relación pero sin definir nada. Me dijo que yo era libre de explorar, siempre y cuando luego le contara todos los detalles, una condición que me había gustado. Me excitaba contarle en qué había andado metida, y algunas veces hacía determinadas cosas o las evitaba solo por la confesión que llegaría después. A Dominik nunca le comenté nada. Era como el sacerdote que nunca había tenido. Mis aventuras parecían divertirlo o excitarle, hasta la noche en que me vio con Jasper, la noche en que todo fue tan desastrosamente mal.

Tampoco le dije nada de Victor, el hombre con el que me había liado en Nueva York. No estaba del todo segura de cómo sacar el tema. Los juegos con Victor habían sido mucho más perversos que los gustos de Dominik. Victor llegó a venderme, me ofreció a sus conocidos para que me usaran como les placiera. Yo había estado de acuerdo con todo y lo había pasado bien, casi siempre. ¿Se lo iba a contar a Dominik? No estaba segura. Habían pasado solo cuarenta y ocho horas desde que me marché de la fiesta de Victor, porque pretendía marcarme para siempre como su esclava, como algo de su propiedad, y yo me negué. La idea de una marca

imborrable había rebasado mis límites. Ahora me daba la impresión de que había pasado una eternidad desde aquello. Estar con Dominik había hecho desaparecer el resquemor hacia Victor, al menos de momento. Además, estaba segura de que Dominik y Victor se conocían de Londres, con lo que la situación era aún más embarazosa.

–¿Qué tal Londres? –pregunté, cambiando de tema.

El entrante llegó enseguida, y eso que las críticas gastronómicas decían que tardaban en servir. En una gran fuente blanca habían colocado en abanico, como si fuesen joyas, una docena de ostras, con un limón en el centro cortado en dos mitades; cada mitad iba envuelta en una muselina blanca, atada en el extremo, para aprisionar en su interior las pepitas, como si pudieran echar a perder todo el plato si alguna de ellas conseguía escapar de la pulpa.

Dominik se encogió de hombros.

–Pues no te has perdido gran cosa. Yo no he parado de trabajar: dar clases, preparar artículos en mis ratos libres, he escrito un montón. –Levantó la mirada hacia mí, fijó sus ojos en los míos, vaciló un instante y a continuación prosiguió–. Te he echado de menos. Han pasado algunas cosas de las que deberíamos hablar, a su debido tiempo, pero por ahora disfrutemos de esta noche. Cómete tus ostras.

Dominik se llevó una ostra a la boca, dejando la concha en la palma de la mano al tiempo que se metía en la boca su carnosos contenido con ayuda del delicado tenedor de plata que había traído el camarero. Su manera de extraer el jugo del limón había sido un tanto salvaje; lo hizo con tal firmeza que podría decirse que, más que exprimirlo, lo había espachurrado. Entonces, casi como si fuera el siguiente paso de un ritual muchas veces practicado, esparció pimienta negra sobre la fuente con dos contundentes giros del molinillo. Ensartó el marisco limpiamente, con gran habilidad, sin dejar que un pedacito suelto o una sola gota de limón se desviara de su trayectoria en dirección a su lengua.

Yo preferí obviar el tenedor y succioné la ostra directamente de la concha, disfrutando de su tacto resbaladizo, del impacto de la carne húmeda contra mi lengua sin rastro de utensilio alguno, y de que su jugo salado empapase mis labios.

Al levantar la cabeza vi que Dominik estaba observándome.

–Comes como una criatura salvaje.

–No es lo único que hago como una criatura salvaje –dije, con un intento de sonrisa pícara.

–Eso no lo puedo negar. Es una de las cosas que me gustan de ti. Te abandonas a tus apetitos, sean los que sean.

–En Nueva Zelanda pensarían que es una forma refinada de comer marisco. En mi tierra he visto a gente arrancarles de un bocado la lengua a las *pipis*, las almejas que viven en aguas poco profundas cerca de la orilla. Sacan la lengua de la concha cuando están fuera del agua y los locos que se pirran por ellas se las arrancan de un bocado y se las comen directamente, vivas.

Dominik sonrió.

–¿Tú eras una de ellos y te comías vivas esas criaturas marinas?

–No, nunca tuve estómago para eso. Me parecía una crueldad.

–Pero admirabas a los otros por hacerlo, ¿a que sí?

–Sí. La verdad es que sí.

Supongo que es lo que tiene ser una persona a la que por naturaleza le gusta llevar la contraria, ser una especie de rebelde. Aun así, cuantas más probabilidades hay de que un salón lleno de gente pueda escindir-se entre defensores y detractores de una comida concreta, lo más probable es que yo me decante, o por lo menos admire, a los defensores.

–¿Te apetece dar un paseo? –preguntó Dominik, y fue dando las gracias al personal mientras salíamos.

Ellos respondían con un afectuoso «buenas noches». Dominik era de los que dejan propinas generosas. En alguna parte leí que había que fijarse en cómo tratan los hombres a los animales, a su madre y a los camareros, de modo que archivé ese dato concreto en su columna de cosas positivas, que iba actualizando.

Me miré los zapatos. Unos tacones de aguja de charol negro, y como solo llevaba mi bolsito más pequeño y glamuroso, no tenía dónde meter unos planos de recambio.

–Podemos ir en un taxi si te duelen los pies –me propuso.

–Sí, estos tacones no están hechos para andar.

Pensé que se encaminaría hacia la calle para detener un taxi, pero me agarró de una muñeca y me llevó por la fuerza a una esquina. Me arrimó a la pared del restaurante, junto a las escaleras que comunicaban con la salida de la calle 43 Este y recorrió todo mi cuerpo con sus manos, de arriba abajo, y luego por detrás. Noté su erección contra mi muslo bajo la tela de los pantalones. Quería estar segura, estiré mi mano para comprobarlo pero él la apartó bruscamente. Me volvía loca esa costumbre suya de provocar para después dejarme con la miel en los labios. Cuanto antes llegásemos a casa, mejor.

–Ya dentro de nada follaremos y lo haremos sin ropa –dijo sin molestarse en susurrar, al tiempo que me dejaba plantar otra vez los pies en el suelo.

Una señora de mediana edad que aguardaba en la ahora larga cola de la puerta del Oyster Bar, vestida con unos pantalones color crema, unos zapatos salón de falsa piel de serpiente y, a pesar del calor, una chaqueta rosa, nos miró y chasqueó la lengua.

Dominik enroscó su brazo alrededor del mío y echamos a andar en dirección oeste por la calle 42 hacia Park Avenue, entre el bullicio de la muchedumbre del sábado noche. La calle estaba llena de gente que salía de marcha, turistas, gogós y el público que salía de los teatros; todos muy animados,

en busca de acción. Para la mayoría, había empezado ya el fin de semana. Los niveles de energía de la ciudad iban en aumento, alcanzando un punto casi frenético y alimentándose de la intensidad de las luces y de los luminosos publicitarios. Los coches pasaban zumbando junto a la acera, y la imponente torre de Times Square se elevaba hacia el cielo por encima de nuestra cabeza como un nada discreto dedo corazón que le hacía la peineta a los sectores más respetables de la ciudad.

–¿Sigues queriendo ver un espectáculo? –le pregunté, con la esperanza de que respondiera que no. Habíamos hablado de hacer como los turistas e irnos a ver alguna obra de Broadway. Es verdad que habíamos pasado la mayor parte del día juntos en la cama, pero al menos yo no estaba exhausta y no quería desaprovechar nuestra última noche.

–Prefiero contemplarte a ti –respondió, con los ojos haciendo chiribitas. A mí se me aceleró el corazón al recordar cuánto le gustaba mirar a Dominik, su excitación tras cada uno de los conciertos privados que él había organizado en los que yo había tocado el violín solo para él en diferentes estadios de desnudez. Pensé en el valioso Bailly que me compró cuando me rompieron el violín, a cambio de que yo tocara a Vivaldi para él... desnuda. Y recordé cómo, tras mi primer concierto como solista en la cripta de una iglesia de Londres, me folló allí mismo, pegándome a la pared, antes de llevarme a su casa en Hampstead y pedirme que me provocara yo misma un orgasmo mientras él me miraba, sentado en su silla de despacho.

Nos quedamos parados en la intersección de las calles mientras el resto del mundo pasaba por nuestro lado a toda velocidad, y yo imaginé que si alguien capturase aquel momento en una instantánea, apareceríamos solo Dominik y yo, con nuestros cuerpos nítidamente recortados en medio de un torbellino de color, como si fuésemos las únicas dos figuras que existiesen, bien delineadas, en las calles de Nueva York, mientras el resto de la gente era una masa indistinta de

personas mezcladas en una mancha borrosa, una sucesión de individuos desdibujados.

Continuamos con nuestro largo paseo por Broadway, pasamos por Union Square y luego doblamos por una bocacalle para seguir por University Place, evitando el descolorido lujo y *glamour* de la Quinta Avenida. Cuando llegamos a mi casa los pies me estaban matando, aunque la sensación quedaba amortiguada por el par de cervezas de la cena y por la ilusión que me había hecho caminar al lado de Dominik, con su brazo enlazado en el mío, como si de un plumazo todos mis problemas hubiesen desaparecido, al menos durante una noche más y un día más.

Dominik no lo sabía, pero estábamos en la puerta del apartamento que compartía con una pareja de croatas, Marija y Baldo, que tocaban en la sección de metales de la orquesta y que salían casi todas las noches. Cuando estaban en casa, llenaban el piso con los sonidos del sexo: respiraciones intensas, golpes sordos del cabecero de la cama, gritos de Marija a tal volumen que a mí me daba envidia –aunque, por supuesto, era posible que estuviera fingiendo–. No estaba segura del estatus de su relación, si estaban casados o no, si eran amantes o tal vez vivían en pecado, a escondidas los dos de sus respectivas parejas, lo cual explicaría que el fuego de su pasión nunca menguara.

–Mi violín está dentro –dije–. Te prometí que tocaría para ti una última vez...

Dio un paso hacia delante para acercarse más a mí y así pudiera sentir la firmeza de su cuerpo pegado a mi espalda, y entonces rozó con su mano el interior de mi muslo, de abajo hacia arriba.

–Por supuesto. Esperaré aquí si quieres –me susurró suavemente al oído.

El tono de su voz era absolutamente desenfadado y un tanto juguetón. Parecía estar disfrutando con el efecto que provocaba en mí su presencia, al verme agitar desesperadamente la llave electrónica que abría el portal del edificio de apartamentos, con las manos temblorosas como si estuviera ante el giro final de un cubo Rubik.

–No –dije–, entra. Es sábado por la noche, así que seguramente mis compañeros de piso han salido, y si no, te los presento... Son muy majos y no les molestará tener visita.

No lograba recordar cuándo fue la última vez que invité a un hombre a mi casa. Ni Dominik ni Darren, con quien salí seis meses en Londres antes de que Dominik y yo nos conociéramos, habían estado nunca en mi piso. En los meses de soltería tuve algún rollo esporádico de una noche, pero siempre había insistido en hacerlo en la casa del otro.

Mi reticencia no obedecía a ningún motivo real; simplemente soy muy celosa de mi espacio personal. También soy desordenada, y como aborrezco tener que usar el transporte público a diario para ir a trabajar, prefiero alquilar habitaciones más baratas, aunque sean pequeñas, en zonas caras de la ciudad, antes que vivir en pisos más grandes y en zonas menos caras pero alejadas del centro, lo que me obligaría a coger el metro todos los días. Mi cuarto en el piso del East Village era diminuto; si quisiera uno más grande, tendría que mudarme a Brooklyn. Marija y Baldo ocupaban la mayor parte del espacio y, de acuerdo con eso, pagaban dos tercios del alquiler. Yo tenía una habitación pequeña con una cama individual, un colgador tipo burra con toda mi ropa y mis zapatos a la vista, un par de fotos de mi tierra y unos cuantos libros desperdigados. No tenía mesa, ni ninguna otra pieza de mobiliario aparte de la cama y la burra. Desde que salí de Nueva Zelanda, uno de mis objetivos era ir ligera de equipaje, para poder liar el petate rápidamente y cambiar de nido con el menor follón posible. Cuando acumulo más de lo que puedo meter en una sola maleta, empiezo a agobiarme.

Empujé la puerta del apartamento, palpé la pared hasta dar con el interruptor de la luz y lancé el bolso sobre la encimera de la cocina.

–¿Hola? –dije a voces, y agarré a Dominik de la mano para que entrase.

Se quedó de pie en la cocina, mirando a su alrededor, mientras yo llamaba suavemente con los nudillos a la puerta del dormitorio de los croatas para comprobar si estaban. No hubo respuesta.

–Han salido.

–Bien –dijo él, y en dos pasos vino hacia mí y me agarró del pelo, tirando de él con delicadeza.

De pronto me giró de tal manera que quedé mirando hacia el ventanal en saliente del comedor, con vistas al pequeño patio común del bloque. Fuera había oscurecido. Con las luces encendidas y las persianas subidas, cualquiera que por casualidad se hubiese sentado en el jardín a fumarse un pitillo o que estuviese en la ventana de su casa mirando hacia la mía habría podido ver, si no todo, al menos nuestras siluetas: yo con mi vestido negro corto y Dominik con su camisa de vestir y su corbata. Nos habíamos arreglado los dos para salir, por si acabábamos yendo a algún local elegante de Nueva York. Le sentaba bien el traje, no le hacía parecer tan formal como un oficinista, ni tan inapropiado como esos hombres que tienen el mismo traje de chaqueta desde hace una década y lo rescatan del armario una o dos veces al año para ir a una boda o a un funeral. A Dominik lo envolvía siempre una especie de aire informal; poseía la confianza de quien se sabe con buena percha. Se pusiera lo que se pusiera, siempre estaba guapo. Tenía estilo.

Sin embargo, bajo esa inquebrantable capa de refinamiento acechaba una mente calenturienta que era precisamente lo que evitaba que yo me aburriese y diese carpetazo, como solía hacer con los hombres a los pocos meses de estar saliendo.

¿Qué hará Dominik ahora?, me pregunté sin apartar la vista del minúsculo jardín, observando unas bombillitas de colores que un vecino había montado para alegrar el sitio, que centellaban cual luciérnagas. ¿Pegarme a la ventana? ¿Decirme que me suba el vestido hasta la cintura y retroceder unos pasos para contemplar mi trasero? ¿Follarme a la vista de todo el vecindario? Todavía no había pasado su mano por debajo del vestido, con lo que, a no ser que mientras me besaba hubiera percibido que no llevaba ropa interior, no podía saber que dejé las bragas en casa. Ni que había pasado toda la noche disfrutando de las esporádicas ráfagas de aire fresco que se deslizaban entre mis piernas.

–Quítate las medias –dijo–, pero no dobles las rodillas. Y no vuelvas la cara para mirarme.

Percibí la sonrisa en su voz; estaba gozando, disfrutaba creando un juego nuevo que sabía que me pondría caliente. Era la novedad, la sorpresa, lo que me producía una excitación que me inundaba como un torrente. Mientras no supiera qué me esperaba, era excitante. Mi cabeza, sencillamente, dejaba de pensar y se relajaba; solo estaba pendiente de obedecer su siguiente indicación. Aquello impedía que pensase en la colada pendiente, en los ensayos de la próxima semana, en cuándo recibiría el siguiente cheque y qué factura tendría que pagar primero. El sonido de la voz de Dominik borraba de mi mente cualquier pensamiento, poniendo en alerta todos mis sentidos, de tal modo que hasta el roce más sutil, el más leve soplo de aire sobre mi piel, me volvía medio loca de deseo.

No es tan fácil como parece quitarse las medias sin flexionar las rodillas. Me subí el vestido, ofreciendo ese trozo de piel a la vista de Dominik, y pasé un pulgar por debajo de la tira adherente del borde de las medias, esa franja de encaje que queda entre el tejido de malla y la parte superior de mi muslo, y empujé hacia abajo, separando bien las piernas para poder doblarme por la cintura hasta tocar la punta de los pies

manteniendo las piernas impecablemente rectas. Entonces pasé todo el peso de mi cuerpo al otro pie y me quité con sumo cuidado el zapato de tacón de aguja, apenas un segundo, para poder pasar la media por el talón y por la punta del pie, tras lo cual volví a calzármelo. Luego, lo mismo con el otro.

–Pásamelas.

Obedecí, sin apartar la mirada del cristal. No estaba segura de lo que Dominik haría a continuación.

–Dame las manos.

No había especificado que debiera tenderle las manos sin girarme, pero eso fue lo que hice, porque Dominik siempre era muy preciso, y si hubiese querido que me diera la vuelta, o me lo habría dicho o me habría girado él para quedar frente a frente. De modo que seguí con las piernas separadas, de cara a la ventana, con los hombros retorcidos hacia atrás, el pecho hacia fuera y los brazos rectos, rígidos, con las manos juntas en posición de orar, con los pulgares apuntando hacia mi trasero.

Las medias resultaron ser unas esposas sorprendentemente eficaces, a pesar de lo que daba de sí el liviano material. Me ató las manos con dos complicadas lazadas, uniéndolas a la altura de las muñecas sin apretar demasiado para que no se me cortase la circulación, aunque ni retorciéndome podría conseguir soltarme. Habría podido zafarme si de verdad lo intentaba, pero yo no quería escapar de aquello. Me gustaba estar sometida a la voluntad de Dominik, ser su prisionera por elección propia y que hiciera conmigo lo que quisiera.

Apoyó las manos en mis hombros y me dio la vuelta para que lo mirase de frente. El dolor de pies, provocado por la interminable caminata con los tacones por el centro de la ciudad, estaba convirtiéndose en una sensación placentera, un intenso y excitante recordatorio de que había entregado mi cuerpo a Dominik para que lo usara a su antojo y, por ello, cualquier sensación mía se debía a sus designios.

No era la primera vez que se me ocurría pensar que si fuese capaz de aplicar esta actitud a otros ámbitos de mi vida no habría nada que no pudiera conseguir. Una vez que me ponía en marcha, era como un tren discurriendo por los raíles, directa hacia el resultado que me aguardase al final, fuera el que fuera, sin detenerme a sopesar los posibles contratiempos del viaje. Sin embargo, no era capaz de aplicar esta sumisión donde y cuando quisiera. Necesitaba que algo me provocara. Por alguna razón inexplicable, mi primer profesor de violín, el señor Van der Vliet, quien jamás me puso un dedo encima salvo lo estrictamente necesario, me incitaba a complacerlo de tal modo que ensayaba muchísimo más de lo normal. Ahora era Dominik quien ejercía ese mismo poder sobre mí, con la diferencia de que en este caso el poder se lo había conferido yo.

Se agachó, con sus ojos clavados en los míos. Primero, me acarició de abajo hacia arriba la piel, ahora desnuda, de una pierna, y a continuación de la otra, desde el tobillo hasta el muslo; se detuvo justo antes de donde habría estado la línea de las braguitas si las hubiese llevado puestas. Sus ojos parecían de granito; tenía esa mirada que se le ponía cuando su mente empezaba a internarse por el sendero de sus deseos íntimos, un lugar más allá del pensamiento consciente, en el que es el instinto quien lleva las riendas, si le permites tomar el mando.

Se me empezaba a entrecortar la respiración. Me eroti- zaba que me tocara así, me volvía loca. Pero cada vez que su mano se acercaba a mi ingle, me moría de ganas de que no se demorara en las caricias y me penetrara con uno de sus dedos. La paciencia nunca ha sido mi fuerte.

Se levantó y me rodeó hasta quedar de espaldas a mí, asiéndome por la atadura de mis muñecas como si las medias fuesen un asa. Me costó mucho seguirlo, andando hacia atrás, acompañada del taconeo de mis zapatos por el suelo de madera.

Me empujé de cara sobre la cama, los brazos todavía atados con fuerza a mi espalda. Volví la cara de lado para poder respirar y lo observé con el rabllo del ojo mientras él se arrodillaba junto a la almohada y buscaba algo a tientes debajo de la cama. Su expresión se transformó en una sonrisa de satisfacción al encontrar el bote de lubricante y la caja de condones que yo guardaba allí debajo. Al fin y al cabo, tampoco es un escondite tan secreto. Tal vez yo no fuese tan diferente a otras mujeres. O quizá él siempre salía con el mismo tipo de mujer.

Dominik me subió más el vestido y la tela quedó arrugada alrededor de mi cintura, con mi trasero desnudo y ahora totalmente expuesto. Retuvo el aliento un instante, y seguramente pensó que había pasado la velada junto a él con ese vestidito negro sin bragas.

Me estremecí cuando oí que se desabrochaba el cinturón, sin saber si pretendía azotarme las nalgas con la correa de cuero o solo quitarse los pantalones para follarme. Yo habría gozado con cualquiera de ambas opciones, siempre y cuando acabase haciendo lo segundo. Mantuve mi cuerpo completamente inmóvil, anhelando su siguiente movimiento, esperando que no tardase demasiado; de lo contrario temía estallar.

No quería darle el gusto de verme suplicar, pero deseaba tanto que me penetrase que era como si el tiempo se hubiera ralentizado. Cada segundo que permanecía cerca de mí sin tocarme equivalía a una hora entera.

Era como estar en el filo de una cuchilla, atrapada en ese estrecho desfiladero entre el deseo y su satisfacción. Me hacía disfrutar y odiarlo al mismo tiempo. Cada vez que se apartaba, mi deseo se multiplicaba, y cada vez que me tocaba yo me acercaba a la satisfacción, al final de todo aquello.

Él lo sabía también. Por mucho que yo procurara templar mis reacciones por una cuestión de orgullo, era evidente

que en nuestros encuentros había estado atento, y sabía afinar mi cuerpo como si fuera un instrumento. No me conocía en todo mi ser, ni me conocería nunca, pero cuando estábamos en la cama mi cuerpo era suyo, lo quisiera yo o no.

Estaba totalmente a merced de Dominik.

Di un respingo al oír la rasgadura de un envoltorio y el chasquido seco de la tapa del bote de lubricante al abrirse.

Entonces, por fin sentí su dedo dentro de mí, tanteando, explorando. Primero solo uno, luego otro y otro y otro, hasta que tuve la certeza de que no iba a poder meterme ni uno más. Traté de restregarme contra él, de flexionar las rodillas e intentar agarrarme de algún modo a las sábanas para poder introducir más su mano dentro de mí, pero con las muñecas atadas y el cuerpo tendido boca abajo, lo único que conseguí fue contorsionarme inútilmente como una oruga en la mesa de un entomólogo, o como una mariposa prendida con un alfiler en un tablón de disecciones.

Dominik estaba quieto a mis espaldas, sorprendentemente quieto, deleitándose al ver mis esfuerzos por zafarme. Yo me sentía más expuesta semidesnuda que si hubiese estado desnuda del todo. De alguna manera, resultaba más excitante estar tapada de cintura para arriba y desnuda de cintura para abajo; tener mi sexo al aire, sin mostrar los pechos, era más impactante. La semidesnudez era la pose de los pervertidos, de los viejos en las paradas de autobús con la camisa puesta, los pantalones bajados y la gabardina abierta. Al imponérmela, Dominik hacía que me sintiera poseída y humillada.

–Ábrete de piernas –ordenó.

Obedecí.

–Más.

Me hizo hacer casi el *spagat* lateral, y empezaron a dolerme los músculos de las piernas. Estaba todavía hincada de rodillas, con el pecho aplastado contra la cama y las manos detrás de la espalda, manteniendo el equilibrio a duras

penas. Entonces se arrodilló, inclinándose para recorrerme con la lengua, apenas rozándome la piel desde la rodilla hacia arriba, por la cara interna del muslo, primero una pierna y luego la otra. Se detenía justo antes de lamermme el clítoris, pero dejaba la boca pegada a mí, de manera que podía sentir su respiración caliente acariciándome el pubis. Retrocedí ligeramente, con la esperanza de notar el toque de su lengua.

–Ah, no, de eso nada. Quédate quieta.

A pesar de estar esforzándome todo lo posible para hacerme la dura, comencé a gemir y a mecermme con sutileza, adelante y atrás.

–Me deseas, ¿verdad? –dijo para incitarme.

Su tono de voz era burlón. En cualquier otro momento quizá habría querido abofetearle, pero en ese instante me sentía como si tuviera el cuerpo al rojo vivo, y habría hecho lo que fuera con tal de que me tocara, incluso si tenía que arrastrarme por el suelo a cuatro patas, suplicándole.

–Sí.

–¿Sí? No pareces muy convencida. A lo mejor me voy de la habitación hasta que lo tengas claro. –Se levantó y dio unos pasos para irse.

–No, por favor, no te vayas, por favor. Te deseo sobre todas las cosas.

–Sobre todas las cosas... Eso ya está mejor. Y si te doy lo que quieres, ¿qué harás tú por mí?

–Lo que quieras. Haré lo que tú quieras, cualquier cosa. Pero, por favor, te lo suplico, fóllame. No lo resisto más.

–Lo que yo quiera ¿eh?, cualquier cosa. Deberías tener cuidado con lo que prometes. Podría obligarte a que lo cumplieras.

–No me importa. Por favor, tócame –gemí, sepultando mi orgullo bajo la fuerza arrolladora de mi deseo sexual.

Se acercó y me metió la punta del miembro, pero solo unos centímetros. Luego esperó.

Yo clavé las uñas en el edredón, de pura frustración.

–Suplícame –dijo en voz baja–. Cuéntame qué quieres.

–Fóllame, te lo ruego. Por favor, fóllame.

Por fin me penetró profundamente. Sentía el calor de su miembro dentro de mí, y con la primera embestida estuvo a punto de lanzarme hacia el techo.

Me asió con fuerza por las muñecas y sus embestidas resonaban dentro de mí, mientras yo apretaba las nalgas contra él.

Las embestidas eran tan intensas que empezó a hacerme daño, y justo en ese momento él se corrió.

Jadeantes, nos dimos un respiro. Se inclinó para desatar-me con delicadeza las manos. Estiré los brazos con cautela y se reactivó mi circulación a su paso por las muñecas.

–Quédate ahí –dijo, como si yo pudiera ir a alguna parte con él dentro de mí.

Retrocedió para tumbarse a mi lado, y se puso a acariciarme los cabellos con una mano mientras la otra bajaba por entre mis piernas hasta encontrar mi punto de placer. Yo empecé a gemir de nuevo. Pensé que no podría tener un orgasmo tumbada boca abajo, pero quería dejar que lo intentara.

–Date la vuelta –susurró, quizá por mi cara de incertidumbre.

Me giré sobre un costado.

Continuó estimulándome con un movimiento rítmico y continuo mientras se incorporaba para poder ver lo que hacía. Yo lo observé mientras me observaba. Su mirada seguía el recorrido de la yema de su dedo. Me miró a los ojos y sonrió. Reconocimiento entre voyeristas. Entonces, con la mano que le quedaba libre acarició mi torso, continuó entre los pechos, trazando una línea alrededor de mis pezones, primero uno y luego el otro. Dejó la mano posada sobre mi cuello, muy levemente.

–Cierra los ojos.

Dominik aprendía rápido. Yo, con los ojos cerrados y eliminando cualquier tipo de distracción mientras él con la otra mano se afanaba en darme placer, entré en la intensidad de un orgasmo: una oleada de placer casi dolorosa que, empezando en mi sexo, me recorrió todo el cuerpo hasta el cerebro para, a continuación, desvanecerse en la nada a los pocos segundos.

Abrí los ojos y vi que Dominik me miraba con evidente autosatisfacción. No alcanzo fácilmente el orgasmo y, aparte de Dominik, he tenido solo un par de amantes que lo han conseguido sin que yo interviniera.

–Buena chica –dijo. Por patética que pudiera ser, aquella expresión conseguía que me ruborizara.

Decidimos trasladarnos al hotel de Dominik para pasar allí el resto de la noche. La cama de matrimonio de su habitación era infinitamente más cómoda que la mía, y tenía vistas a Washington Square Park.

Hicimos el amor otra vez por la mañana, aún medio dormidos. Al acurrucarme junto a él, sentí su erección entre mis nalgas y, unos instantes después, dentro de mí. Estábamos tumbados uno al lado del otro. Él me rodeada, protector, con un brazo; la mano del otro brazo apoyada en uno de mis pechos. Mientras, yo empujaba suavemente hacia él. Aquella manera de hacer el amor tenía un punto tierno y nostálgico. La realidad de nuestra eminente separación había apagado el fuego de la noche anterior, dejando una estela de deseo y añoranza.

Desnuda, me acerqué a la ventana y toqué por última vez para él, «Message to My Girl», mi pieza favorita de la colaboración entre la Orquesta Sinfónica de Nueva Zelanda y Split Enz. Por supuesto, no era lo mismo sin toda la orquesta, la flauta, el piano y la voz de Neil Finn. Fue la primera vez que toqué para Dominik algo que se salía del canon clásico.

Él no conocía la letra y tampoco experimentaba el sentimiento de pertenencia que sentía yo cuando tocaba aquella pieza. Dominik no podía ver la imagen de Aotearoa que se desplegaba en mi imaginación. Aun así, esperaba que saliese de las cuerdas al menos una pizca de su magia y de mi morriña.

Guardé el Bailly y me senté a su lado en la cama.

—¿Desayunamos? —le pregunté.

Era más bien la hora del *brunch*. Le llevé al Café Vivaldi de la calle Jones, a solo unas cuantas manzanas del hotel. Aquel lugar fue uno de los motivos por los que me instalé en el Village. Siempre he sido un tanto sentimental y el nombre del café me pareció una buena señal, sobre todo cuando me enteré de que ofrecían la posibilidad de actuar en vivo una noche a la semana y de que estaban abiertos a todos los géneros. Aún no había propuesto a los propietarios la posibilidad de tocar en el local, pero me gustaba ir allí a tomar algo y disfrutar del ambiente. El Village ya no era lo que fue en otros tiempos. Los bohemios se habían mudado a barrios más económicos y su lugar lo había ocupado la clase media acomodada, atraída por la sensación de comunidad, las cafeterías selectas y los numerosos parques cercanos. Tres motivos que explicaban por qué yo pagaba un alquiler tan alto por una habitación tan pequeña. Aun así, seguía siendo un barrio con encanto, y yo no podía evitar pensar que quizá se me pegaba algo de la energía que habían dejado allí todos los músicos que se sentaron en estas mismas mesas antes que yo.

Además, la comida era fantástica y hacían los Bloody Marys con el picante justo. Pedí uno para mí. Dominik tomaba siempre café solo o una pepsi, pero yo prefería cada vez más las celebraciones con alcohol.

Tal vez fuese el alcohol lo que me volvió osada. No soy de las que les gusta mostrar sus sentimientos, y menos aún

a mis amantes, pero cada minuto que pasaba nos acercábamos más al momento en que Dominik tendría que marcharse, y la velocidad con que las manecillas corrían por la esfera del reloj que colgaba de la pared me hizo abandonar toda precaución.

–Te voy a echar de menos, Dominik.

Él dejó el tenedor en el plato y me miró.

–Yo también a ti.

Aguardé unos segundos para ordenar mis ideas.

–Gracias por haber venido. Valoro mucho tenerte aquí, aunque haya sido por poco tiempo. La vida volverá a sonreírme, de eso estoy segura. No puedo dejar Nueva York. Mi música... Me ha costado mucho integrarme, pero ahora todo va bien con la orquesta.

–Me alegro. Y no deberías irte; quédate y sácale todo el partido. Yo ahora tampoco puedo dejar Londres. Aunque estoy trabajando en varios proyectos de forma independiente, mi contrato con la universidad no acaba hasta fin de curso.

Yo asentí.

–No está tan lejos... –caviló–. En el peor de los casos, a siete horas de avión. Hay fines de semana, dentro de poco llegan las vacaciones de mitad de curso y, para ser sincero...

–No estás seguro de que fuese a dar resultado si estuviéramos juntos todo el tiempo –terminé por él.

–No. Hay muchas cosas de las que aún no hemos hablado. Sé que no has pasado a solas todas las noches que llevas en Nueva York, y yo en Londres tampoco. No creo que haya que cambiar ahora. No estamos...

–¿Saliendo?

Se rio.

–No, saliendo no. Creo que la cosa no es tan sencilla.

–Lo que siento contigo no lo siento con nadie más. Es como si me entregara totalmente. Eres la única persona con la que me siento así.

Yo seguía sin mencionar a Victor. Pero era diferente. A Victor le permití que me hiciera lo que me hizo, pero no porque deseara que lo hiciera, mientras que sí deseaba que me lo hiciera Dominik.

Antes, no hace mucho, la expresión de Dominik me parecía impenetrable, pero ahora que lo conocía mejor, sabía interpretar aquella mirada en sus ojos. Sensualidad. Calor. Acuerdo.

–Bien –dijo–. A mí me pasa lo mismo. ¿Sabes?, yo no hago este tipo de cosas con nadie.

Entonces, la que se rio fui yo. Sonó al tipo de frase que diría una mujer en una serie cómica la mañana siguiente a haberse acostado con un desconocido.

–Lo digo en serio –prosiguió, dándome la mano por encima de la mesa–. Yo mismo no lo entiendo del todo, pero conozco este sentimiento. Provocas que me den ganas de... hacerte cosas.

–Y tú a mí de que me hagas cosas.

–Bueno –dijo con una sonrisa–, al menos estamos de acuerdo.

–¿Todo claro, entonces?

–Quieres decir que ha quedado claro que nada ha quedado claro, ¿verdad?

–Eso es.

–Vendré a verte otra vez, disfrutaré con la orquesta y disfrutaré a tope de Nueva York. Todo lo a tope que tú me dejes, claro. Pero tienes que mantenerme informado, tal como acordamos.

Pidió otro café y yo otro Bloody Mary. No era mi intención emborracharme, pero el picante y el vodka me ayudaban a dulcificar un poco la ola de desdicha que sentía acercarse a toda velocidad hacia mí a medida que pasaban los minutos.

Pasamos el resto de la tarde en el Café Vivaldi, tomando café, charlando y riéndonos, escuchando la música de

fondo de un pianista que tocaba a Billy Joel. Dominik había pagado la cuenta del hotel y llevaba consigo solo una maleta de mano con el espacio justo para una muda. Viajaba ligero de equipaje, como yo.

Cuando llegó el momento de irse, volvimos al hotel, en Waverly Place, donde le esperaba la limusina que había contratado para que lo llevara al aeropuerto.

Su beso de despedida fue breve, tierno, cariñoso.

Un beso de amante.